

abril, por causa de los acontecimientos y de los hombres (1). No bien entró en aquella ciudad, trató el mariscal de establecerse sólidamente, figurándose haber hecho lo bastante con haber llegado hasta el Duero, y dejando á las circunstancias el decidir si debería retroceder ó por el contrario dilatar más sus conquistas. Entre todos los partidos éste era el más peligroso, porque el permanecer en Oporto sin plan fijo era claro que no podía producir más que desastres. No era ya pequeño el peligro de mantenerse con solos veintitantos mil hombres en un país sublevado; en que la animadversión popular contra los franceses había llegado al último grado de violencia. Sin embargo, con un ejército y unos oficiales como aquéllos no era imposible sostenerse en el Norte de Portugal. Pero había unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres en Lisboa, y todo anunciaba que en breve desembarcarían allí doble número los convoyes enviados de Inglaterra, en cuyo caso sería casi impracticable el defenderse detrás de la línea del Duero contra un ejército regular situado al otro lado de aquella línea, y contra otro de sublevados situado á la parte de acá. Así lo indicaban dos acontecimientos recientes. La pequeña guarnición dejada en Chaves para custodiar á nuestros enfermos había caído en poder de los portugueses, y el depósito que había quedado en Túy sólo se mantuvo porque acudieron á libertarle la división de Heudelet enviada desde Braga y el mariscal Ney procedente de Galicia; sin embargo de lo cual cayó en manos de los enemigos una parte de él, que había sido enviada á Vigo. Hay que añadir que no eran nada insignificantes los destacamentos á los cuales habían ocurrido estos percances, pues el depósito de Túy, sucesivamente reforzado con varias porciones, había llegado á juntar cuatro mil quinientos hombres y el de Vigo mil trescientos. Había, pues, que temer al mismo tiempo al ejército inglés, que no podía menos de trasladarse en breve del Tajo al Duero, y á las innumerables partidas de insurgentes alucinados que quedaban á la espalda entre el Duero y el Miño. No había que prometerse socorros, porque el cuerpo del mariscal Ney estaba todo

(1) No hay en la larga historia de nuestras guerras acontecimientos más tristes, oscuros y enojosos para nuestras armas que los que vamos á referir. Como reclaman de parte del historiador sincero el valor de no callar dolorosas verdades, he reunido las noticias más auténticas, y entregado al olvido todo lo que no me ha parecido completamente demostrado. Además de las Memorias verídicas é imparciales del mariscal Jourdan, todavía inéditas, he consultado prolijamente la correspondencia íntima del ministro de la Guerra con Napoleón. Este ministro vió, interrogó y aun envió á Schenbrunn á muchos oficiales que habían tenido parte en los acontecimientos de España, y en su correspondencia casi cotidiana no cesó de referir al emperador lo que iba averiguando cada día. He descartado las versiones que me han parecido aventuradas ó injuriosas, y adoptado sólo las que tenían á mis ojos visos de más exactas. También han contribuído á ilustrarme los tribunales que conocieron de algunos de aquellos hechos. La correspondencia del duque de Wellington, publicada después, me ha suministrado pormenores muy importantes. Por último he visto los documentos de los mariscales, que resultan contrapuestos en esta campaña, y he hecho de ellos un uso enteramente reservado, por no juzgarlos por lo que han dicho los unos de los otros. Todos estos materiales entran en la composición de lo que va á leerse: narración que creo justa, y que me habría parecido mucho más severa si no hubiese tratado de permanecer fiel á mi sistema de justicia histórica, desapasionada, igual con todos, indulgente por lo común, y solamente dura cuando una necesidad evidente lo reclama como un deber. (N. del A.)

ocupado en Galicia, y por lo que hace á los ejércitos que hubieran podido acudir del centro, esto es, de Madrid, por Alcántara ó Badajoz, si bien las instrucciones de Napoleón preveían el caso en que el mariscal Soult, dueño de Lisboa, fuese llamado á cooperar con el mariscal Víctor en Sevilla, no preveían la hipótesis, imposible de realizar sin embargo, de que el mariscal Víctor, dueño de Sevilla, fuese á socorrer á Lisboa. Había por consiguiente el mayor peligro en permanecer en Oporto entre enjambres de sublevados que recorrían el país en todos sentidos, en presencia de un ejército inglés dispuesto á la ofensiva y sin esperanza alguna de socorro contra tantos enemigos, y era preciso inmediatamente, ó retroceder sin rebozo hasta el Miño, ó volver á subir por Braganza hasta Castilla la Vieja para ir á apoyarse en la masa principal de los ejércitos franceses que operaban en el centro de España, poner por medio distancias difíciles de atravesar y reservarse para lo sucesivo la alternativa de ser útil en España, ó de presentarse nuevamente en Portugal con fuerzas suficientes para conservarlo. Con los ingleses principalmente había que conducirse de modo que no sufriendos en adelante derrota alguna, ni siquiera luchásemos con ellos con resultado dudoso (2); pero para retroceder oportunamente se necesita tanta resolución como para avanzar con ímpetu, y esto sólo lo hacen en la guerra, lo mismo que en todo, los hombres enérgicos y perspicaces.

Una vez en Oporto, no atreviéndose el mariscal Soult á marchar sobre Lisboa, que defendían los ingleses con diez y ocho mil hombres, ni á faltar á las instrucciones de Napoleón, que había ordenado la conquista de Portugal, contentóse con permanecer donde estaba, abandonando á la fortuna el arreglo de su ulterior conducta. Ciertas enojosas ilusiones, nacidas en su mente de circunstancias puramente locales, contribuyeron también á engañarle y á hacerle malograr un tiempo precioso. Como dejamos dicho, había enviado al general Heudelet á Túy para libertar aquel depósito, dejado en Braga un destacamento para custodiar aquella importante ciudad, distribuído por su izquierda destacamentos considerables en Peñafiel y en Amarante para tener seguros los caminos de Chaves y Braganza, y obtener de este modo el doble resultado de contener á los naturales y de ocupar sus comunicaciones. En Amarante, que asienta en el Tamega, había situado unos mil hombres, á las órdenes del general Loison. Estas medidas, aunque insuficientes, estaban bien entendidas y produjeron en el país, ocupado en todo los puntos á la vez, un breve intervalo de inmovilidad, ya que no de sumisión.

Cuando los franceses se establecieron en Oporto se dejó ver en una parte de la población una disposición de ánimo ya otras veces manifiesta, más perceptible ahora que la calma había sucedido á la agitación. La clase, no diremos ilustrada, sino acomodada, amante de la paz y del reposo, tenía horror al violento populacho, que andaba desencadenado y que hacía insoportable la existencia á los que tenían sentimientos de humanidad y modos civiles. No se hacían éstos ilusiones acerca del celo que los ingleses fingían en Portugal; veían clara-

(2) No es mío este juicio, sino del mariscal Jourdan y del mismo Napoleón en Schenbrunn, expresado en una correspondencia muy minuciosa. (N. del A.)

mente que dueños de su comercio en la paz y obstinados en la guerra á hacer de aquel suelo su palenque, sólo pensaban en sí mismos, lo que acreditaban abiertamente dando rienda suelta en favor suyo á una muchedumbre feroz que había llegado á ser el espanto de los hombres de bien. Éstos, aunque poco afectos á los franceses, que al fin y al cabo eran extranjeros, en la necesidad de optar entre ellos y los ingleses, estaban dispuestos á preferirlos como un mal menor, mirando en ellos el término de la guerra y la esperanza de un régimen más liberal que el que había gobernado á Portugal siglos enteros. La casa de Braganza empezaba á ser considerada por la clase de que hablamos, desde la huída del regente al Brasil, como un nombre vano del que se servían los ingleses para trastornar el país hasta sus cimientos.

La presencia del mariscal Soult y sus declaraciones tranquilizadoras contribuyeron poderosamente á confirmar á los hombres juiciosos en sus inclinaciones pacíficas. En Oporto, ciudad rica y comercial, menos expuesta que Lisboa á las antiguas influencias de la corte y se atenta á sus intereses, fué donde con más evidencia se manifestaron las disposiciones que acabamos de indicar, á pesar del obispo patriota y fanático que dominaba al vulgo. La clase media respondió con cierta satisfacción á las manifestaciones del mariscal Soult, y pareció resuelta á permanecer pasiva si cumplía su palabra, si conservaba la buena disciplina entre sus soldados, si enfrenaba al populacho y proporcionaba á cada cual la libertad de poder atender á sus negocios. Entre la gente resignada, que la seducción de la paz sometía á los franceses, figuraban singularmente solícitos los judíos, tan numerosos, activos y acaudalados en todas partes, pero principalmente en los países poco civilizados, donde los naturales les abandonan el comercio de que no saben sacar partido. Contábanse en Portugal más de doscientos mil judíos, que habiendo hasta entonces vivido en odiosa opresión, se holgaban sobre manera con la esperanza de que la dominación francesa les diese la igualdad civil, que anhelaban como la mejor de todas las formas de gobierno. Después de haber entrado en relaciones con la administración francesa para la manutención del ejército y la cobranza de las rentas, se aventuraron á hacer algunas insinuaciones políticas acerca del modo de establecer en Portugal un gobierno regular. Uniéronseles muchos negociantes del país y dejaron traslucir que el pensamiento de erigir en reino separado la Lusitania septentrional, según lo había dispuesto un tratado de Napoleón en octubre de 1807, cuando la repartición de Portugal entre España y Francia, sería muy acepto á la provincia de Oporto. Se declaró que esta resolución, anunciada públicamente y acompañada de una administración justa y suave, haría considerar á los franceses, no ya como invasores que dejan asolado el país por donde pasan, sino como amigos que tratan con miramientos al pueblo en que desean establecerse para formar instituciones duraderas. Napoleón era quien había de designar sin tardanza el príncipe francés que hubiese de ceñir la nueva corona: corona de Oporto por el pronto, pero quizás de Oporto y Lisboa más adelante. Pero siendo las circunstancias tan apremiantes, ¿por qué no ponerse al nivel de ellas? Y puesto que vivíamos en un tiempo en que de los gene-

rales se hacían reyes, ¿por qué no convertir sencillamente en rey de la Lusitania septentrional al lugarteniente de Napoleón? No sabemos si esta idea fué sugerida por los partidarios del mariscal, que en torno de él componían como una pequeña corte, á los oficiales que le servían de intermedio, ó si estos mismos oficiales la inspiraron á los amigos del mariscal, pues sobre este punto discordaron mucho los pareceres cuando trató Napoleón de juzgar los pormenores de esta singular aventura.

De todos modos, lo cierto es que la idea de hacer al mariscal Soult rey de Portugal cundió al instante por todo Oporto y por las ciudades de la provincia de Entre Duero y Miño; fué considerada como ridícula por las personas sensatas y recibida por el ejército con insultante befa, pero aceptada por los comerciantes, que querían tener un protector; por los judíos, que pedían un representante de la igualdad civil, y por aquellos militares intrigantes que adulan siempre á los generales en jefe y son sus más peligrosos enemigos. Afectaban éstos últimos considerar esta combinación como una idea de gran profundidad, lisonjeándose de que serviría para granjearse el apoyo de los naturales y enemistarlos con Inglaterra y con la casa de Braganza. Animábalos principalmente en esta atrevida empresa de ir preparando, ya que no de crear, un monarca sin la voluntad expresa del emperador, la circunstancia de hallarse éste tan lejos, trasladado á la sazón á las orillas del Danubio, á la extremidad opuesta del continente, y ocupado en asuntos cuyo resultado no podía preverse. Desfogábanse así todas las ambiciones excitadas con su ejemplo y emancipadas por la distancia, y no faltaban gentes de ánimo fatigado que proclamasen desembozadamente que era ya menester pensar en sí mismo, y ya que fuese forzoso prodigar su sangre en los confines del mundo por el engrandecimiento de una familia insaciable, aprovechar la ocasión que se ofrecía de arraigarse bien en el suelo actualmente ocupado. Podía parecerle esto mal á Napoleón, pero todos los días se veía por experiencia propia cuanto menguaba su poderío desde el Rhin al Pirineo y del Pirineo al Tajo; y por otra parte eran para él tan necesarios los que enviaba á conquistar remotos reinos, que bien se podía retener algo de lo que para él se conquistaba, prescindiendo de la probabilidad de conservar, después de muerto él ó vencido en el Danubio, lo que se hubiese tomado en las orillas del Duero ó del Tajo.

No todos seguramente avanzaban tanto, pero los había muy temerarios, y éstos turbaban de tal manera el juicio del mariscal, que le hicieron arriesgarse á dar una circular extraña dirigida á los generales que mandaban las diferentes divisiones, en la cual, contando lo que ocurría, la oferta hecha al mariscal de elegir un rey entre la familia de Napoleón ó entre los personajes más idóneos, se añadía: que la población de Oporto y Braga y otras muchas ciudades vecinas, había rogado al mariscal Soult se revistiese de los atributos de la soberanía y ejerciese la autoridad real hasta recibir la respuesta de Napoleón; que entretanto juraba serle fiel y defenderle contra los enemigos de toda especie, ingleses, sublevados y cualesquiera otros, que quisieran contrastar el acto espontáneo que solicitaba de él el país. Esta circular invitaba á los generales á promover

la expresión de un deseo igual de parte de las poblaciones de sus respectivos mandos (1).

Aunque esta circular era en cierto modo confidencial, no podía permanecer oculta. Hizo reír á unos, mortificó á otros y alarmó á los de más valer. Murmuróse del mariscal, cuya reserva tan obstinada hasta entonces venía por tierra ante la engañosa perspectiva de una corona, hasta el punto de descubrir los deseos más imprudentes. Manifestóse el enojo en algunas partes del ejército, especialmente entre los oficiales antiguos que cobijaban en lo íntimo de su corazón los instintos de independencia peculiares de los veteranos del Rhin, que se batían por amor al deber, pero que estaban secretamente indignados de ver correr su sangre en todos los confines del mundo para entronizar reyes incapaces ó débiles ó disolutos, y por lo general poco fieles á la Francia. Había en el ejército de Portugal muchos oficiales que pensaban de este modo, y uno sobre todos,

(1) Reproducimos el texto genuino de esta circular:

*El general Ricard, jefe de estado mayor del segundo cuerpo de ejército en España, al general de división Mr. Quesnel.*

*«Oporto, 19 de abril de 1809.*

»Mi general:

»El Excmo. señor mariscal duque de Dalmacia me manda escribir á usted manifestándole las manifestaciones en que se halla la gran mayoría de los habitantes de la provincia del Miño.

»La ciudad de Braga, que fué una de las primeras en sublevarse, ha sido también la primera en pronunciarse por un cambio de sistema que asegura para lo venidero la paz y la tranquilidad de las familias y la independencia de Portugal. El corregidor nombrado por S. E. se había retirado á Oporto al marcharse las tropas francesas, temiendo que los numerosos emisarios de Sylveira promoviesen nuevos disturbios y atentasen á su vida. Pero los habitantes pidieron que se les restituyese aquel digno magistrado, y al efecto fué comisionada para ver á S. E. una diputación de doce individuos. Entretanto los emisarios de Sylveira fueron todos puestos á recaudo.

»También en Oporto y en Barcelos han demostrado los habitantes los mismos sentimientos, y todos conocen la necesidad de un arriño al cual puedan apoyarse los ciudadanos de buena fe para la defensa y la salvación de la patria y la conservación de sus propiedades. Con este objeto se han presentado á S. E. nuevas diputaciones, suplicándole tomase á bien que el pueblo de la provincia de Miño hiciese una manifestación auténtica de su deseo de que se declarase solemnemente destituida la raza de Braganza, y que al mismo tiempo se rogase á S. M. el emperador designara un príncipe de su familia, ó de su elección, para que reinase en Portugal; pero que, mientras pudiese el emperador expresar sus intenciones sobre este punto, se dignase el Excmo. señor duque de Dalmacia tomar las riendas del gobierno, representar al verdadero soberano y revestir todos los atributos de la suprema autoridad; prometiendo y jurando el pueblo serle fiel, sostenerle y defenderle con sus vidas y haciendas contra todo el que osase contrastarle, incluso los sublevados de las demás provincias, hasta someter enteramente el reino.

»El mariscal ha acogido estas proposiciones y ha autorizado á los corregidores de las diversas comarcas para que reúnan las cámaras, convoquen á los diputados de todas las órdenes, de las corporaciones y del pueblo de las aldeas, para redactar el acta que debe extenderse y consignar en ella las firmas de todos los ciudadanos. Me manda S. E. participar á usted estas disposiciones, para que en el distrito de su mando procure llevarlas á cabo y contribuya á propagar después su efecto á todos los puntos del reino á los cuales pueda hacer llegar la noticia.

»Al señor mariscal no se le oculta que un suceso de tamaña importancia asombrará á muchos y producirá sensaciones muy opuestas; pero cree que estas consideraciones no deben detenerle: su conciencia pura no le permite pensar que se le atribuya ninguna idea de ambición personal. El único norte de todas sus accio-

que era el general Delaborde, que con tanta facilidad había hallado el arte de batir á los ingleses y con tanta brillantez lo había aplicado en la acción de Roliça. Era hombre altivo, valiente y despierto, y habló en estas circunstancias en un lenguaje que en todas partes encontró eco. Ultimamente, algunos militares de carácter más reservado, únicamente atentos á la conservación de la disciplina, sintieron mucho el efecto moral que iba á producir el ejemplo del general en jefe entre los oficiales y soldados ya hartos propensos á sacudir toda regla y dispuestos siempre á desquitarse, con el libertinaje, de las privaciones que en aquellas remotas tierras sufrían. Equivalía aquello á autorizarlos para precipitarse en el desorden, y era sobre todo dividir el ejército, que en su peligrosa situación actual, más que nunca necesitaba tener unión, fuerza y buena conducta. Afligía también á estos juiciosos militares el pensar lo que juzgaría el emperador de todos los que más ó menos contribuyesen á un acto semejante y tan extraño, en el que iba implícita una censura involuntaria, pero tan ruidosa, de la política imperial.

El general Quesnel, que mandaba en Oporto, dirigió algunas observaciones al mariscal Soult (2), quien las

nes es la gloria de las armas de S. M., el buen éxito de la expedición que se le ha confiado y el bienestar de una nación interesante que, á pesar de sus extravíos, será siempre digna de nuestra estimación. Cuenta con el afecto del ejército, y anhela el instante de presentarlo al emperador, glorioso y triunfante, satisfecho de haber llenado el compromiso que S. M. mismo tomó sobre sí de enarbolar el águila imperial en las torres de Lisboa, después de una expedición tan difícil como peligrosa en que ha sido menester dar todos los días batallas y ganarlas.

»Tampoco se le oculta á S. E. que el ejército viene sosteniendo combates continuos desde Burgos: ha pensado en los medios de evitar para lo futuro los males que este estado de guerra lleva consigo, y el más eficaz que ha encontrado ha sido el que espontáneamente le ha ofrecido la gran mayoría de los habitantes de las principales ciudades del Miño, tanto más, cuanto que S. E. confía ver propagado su ejemplo á las demás provincias y que de este modo quedará este hermoso país preservado de nuevas calamidades. Con esto se cumplirán antes y con mayor gloria las intenciones de S. M., y nuestra presencia en Portugal, que al principio fué considerada como un azote por los naturales, será bendecida y contribuirá al mismo á neutralizar los esfuerzos de los enemigos del emperador en esta parte del continente.

»El cargo que el señor mariscal toma sobre sí en estas circunstancias es pesadísimo, pero S. E. tiene valor suficiente para soportarlo y cree poderlo hacer hasta con éxito feliz si en su empeño queréis ayudarle. Desea que propague usted las ideas que acabo de comunicarle, que haga usted proteger muy particularmente á cualesquiera autoridades ó simples ciudadanos que abracen el nuevo sistema, poniendo á todos en el caso de declararse y de obrar concordemente en lo venidero. Vigilará usted con más escrupulosidad que nunca la conducta de la tropa de su mando, estorbando que pueda cometer daño ó insulto de ninguna especie que exaspere á los naturales, y tendrá usted la bondad, señor general, de informar con frecuencia á S. E. del espíritu de los habitantes y de los resultados que fuere obteniendo.

»Ruego á usted acepte el homenaje de mi respeto y sincero aprecio.

*»El general jefe del estado mayor general,  
»Firmado: RICARD.»*

»Es copia conforme con el original conservado por el general de división Quesnel.

»París, 11 de julio de 1809.

*»El ministro de la Guerra,  
»CONDE DE HUNEBURGO.»*

(2) Este hecho fué referido por el ministro de la Guerra al emperador en una de sus cartas confidenciales. (N. del A.)

recibió, y le respondió con altanería que el obtener la aprobación del emperador era negocio exclusivamente suyo, que no debía ocupar á los que servían bajo sus órdenes. «La condena que han sufrido los lugartenientes de Dupont, le contestó el general Quesnel, es una prueba de que el emperador sabe cuándo es debido exigir la misma responsabilidad que al general en jefe á todos los que se hacen partícipes de sus desaciertos.»

Declaráronse entonces tres partidos en el ejército: el de los oficiales que, sin más motivo que el respeto á sus deberes y la fidelidad al emperador, repugnaban el prestarse á aquella especie de toma de posesión de la autoridad real que Napoleón no había aún aprobado; el de los oficiales en otro tiempo republicanos, que por los excesos de la política imperial volvían á adherirse á sus opiniones primitivas; y por último, el de unos cuantos descontentos más audaces á quienes se les importaba poco desobedecer al emperador, sin echar tampoco de menos la república, y eran simplemente, sin sospecharlo quizás, verdaderos realistas que juzgaban la República, el Consulado, el mismo Imperio y cuanto había ocurrido en Francia en los últimos veinte años como una cadena de espantosas convulsiones que debían todas conducir á un mal fin. Ya los dichos de los antiguos realistas andaban en boca de algunos oficiales y hacíase notar uno particularmente que solía con frecuencia repetirlos, que era el coronel del 47 de línea, muy conocido después con el nombre de general Donadieu. Lo más singular era que este partido, que aunque poco numeroso, empezaba á gozar crédito sorpresivamente entre el ejército, especialmente en España, donde los padecimientos eran terribles y más perceptible que en ningún otro país el objeto por el cual se sufrían, se componía no de antiguos realistas (pues casi ninguno de aquellos militares había tenido tiempo para llegar á serlo), sino de antiguos republicanos del ejército del Rhin, disgustados de unos trabajos que no tenían ya por objeto el engrandecimiento del país y sí el de una sola familia. La gloria había ocultado por un momento el vacío ó el egoísmo de aquella política; pero los primeros reveses producían la reflexión, y la reflexión producía el descontento.

No bien estallaron estas divisiones revistióse de una increíble audacia el lenguaje del ejército, tan imprudente ya como los actos mismos que le habían provocado. Hablábale nada menos que de arrestar al general en jefe si insistía en su circular, de destituirle y de poner en su lugar al lugarteniente general más antiguo. Fácil es de comprender lo peligroso de semejante relación de disciplina en un país enemigo y en presencia de un ejército inglés conducido por un capitán diestro. Sus efectos se mostraron en breve: el servicio empezó á hacerse con flojedad y con una negligencia que tuvo consecuencias muy deplorables. Los soldados, precisados á entrar á viva fuerza en los puntos habitados y autorizados á conducirse en ellos como en pueblo tomado por asalto, se habían avezado al pillaje, y desgraciadamente desde el saco de Oporto muchos iban cargados de oro. Urgía hacerles abandonar semejante costumbre; pero era casi imposible, atendido el estado de indisciplina en que había caído casi todo el ejército. Cuando se trataba de atraerlos al orden, se quejaban de que se les sacrificaba á unas gentes cuya voluntad se quería

ganar. Los oficiales, que les habían dado el mal ejemplo, no tenían ya prestigio para corregirlos, y en muy poco tiempo hizo el desorden rápidos y funestos progresos; de lo que fué triste prueba un incidente singular que pocos meses después condujo á un oficial á una muerte infamante.

En semejante situación, no siendo cosa fácil de pedir y mucho menos de obtener la asiduidad en el cumplimiento de los deberes, los oficiales abandonaban con frecuencia sus puestos sin que se supiese adónde iban. Un oficial de caballería, capitán del 18 de dragones, muy avisado, muy valiente y sobre todo muy inquieto, se había captado el favor de sus jefes por buenos y malos medios, esto es, por su valor y por su complacencia y era de los que públicamente propalaban que el Consulado, tan glorioso al principio y después convertido en Imperio, no era otra cosa más que el sacrificio de todos los intereses de la Francia á una mesurada ambición. Como nacido en el Mediodía, país realista, estaba prematuramente animado por los sentimientos que se declararon en 1815, cuando la Francia, cansada de una revolución de treinta años, se echó en brazos de los Borbones. Había tenido este oficial frecuente trato con los coroneles y generales más declaradamente quejosos del comandante en jefe, y exagerándose sus ideas por sus palabras creyó descubrir bajo la manifestación de su descontento una conjuración de que se podía sacar inmediatamente partido para producir (¡quién lo creyera!) la caída de Napoleón y de su Imperio en el año 1809. Como todas esas almas inquietas que se entregan de lleno á las conspiraciones, tenía aquel capitán tantas necesidades como opiniones, y por su afición al dinero tanto como por su actividad desordenada, concibió la idea de entablar trato con sir Arturo Wellesley, que se hallaba á la sazón en Coímbra.

Este célebre general vencedor en Vimeiro y según vimos destinado de nuevo al mando del ejército británico desde la muerte del general Moore, había sido enviado desde Inglaterra con un refuerzo de doce mil hombres, que hacía subir á unos treinta mil las fuerzas inglesas en aquella región. Su predecesor interino el general Cradock no había osado oponerse al movimiento del mariscal Soult sobre Oporto, preocupado con el apareamiento del mariscal Víctor hacia Mérida y el general Lapisse hacia Alcántara, y había permanecido en los contornos de Liria, camino de Lisboa. Sir Arturo Wellesley no era hombre capaz de mantenerse inactivo, y estaba resuelto, sin traspasar el límite de sus instrucciones, que le mandaban ceñirse á defender el Portugal, á contrastar lo más que pudiese la dominación de los franceses en la península. Quiso primero hacer que el mariscal Soult evacuase á Oporto y, una vez libertado el Norte de Portugal, encaminarse al Mediodía para ver cómo podría frustrar los proyectos del rey José sobre el Sur de España. Tenía establecido su cuartel general en Coímbra, donde se hallaba á la cabeza de veintitantos mil hombres, y había dirigido sobre Abrantes una división inglesa con otra portuguesa para observar lo que hiciesen los franceses por aquel lado.

El capitán Argenton, que tal era el nombre del oficial cuyas criminales intrigas vamos refiriendo, merced á la inaudita relajación introducida en el ejército, consiguió burlar sus deberes, pasar disfrazado de Oporto á Coím-

bra y presentarse clandestinamente á sir Arturo Wellesley. No contribuía poco en verdad á facilitar esta especie de comunicaciones la mal entendida lenidad de las autoridades francesas, que á pesar del estado de guerra permitían ir y venir libremente á los habitantes de Oporto que tenían negocios en Lisboa. Abocóse Argentón con el general inglés (1), hablóle de las escisiones que reinaban en el ejército de su nación, de las parcialidades que en él se habían formado; exageró, como suelen hacer los hombres de su especie, la realidad, ya harto triste de suyo; pintóle los meros descontentos como conspiradores, las gentes que sólo murmuraban como gentes dispuestas á la acción, los que cedían á impulsos diferentes por lo mismo que eran sinceros, como hombres unánimes en el deseo de acabar con un régimen ruinoso para la Francia y de sublevarse contra la autoridad del emperador; y semejante en un todo á los entremetidos que se atribuyen esta especie de comisiones, atribuyóse Argentón una misión que nadie le había dado, y supuso, designando calumniosamente á una multitud de generales y coroneles, que tenía encargo de ellos de presentarse al general en jefe del ejército británico y de tratar con él. Era éste un embuste por desgracia muy común en semejantes circunstancias, y con harta frecuencia creído, aunque por lo general descubierta. El plan que este intrigante proponía era el siguiente. Si la población de Oporto se prestaba, decía él, el mariscal Soult iba de fijo á proclamarse rey ó por lo menos á reasumir provisionalmente, según lo indicaba su misma circular, todos los atributos de la soberanía real. Bastaba este paso para que se sublevase el ejército. Conseguido esto, sería destituido el mariscal, y después de este primer golpe, los generales irían más allá: proclamarían la destitución del mismo Napoleón, y luego si el ejército inglés quería tratar con ellos y no perseguirlos, irían retirándose por jornadas de etapa hasta los Pirineos. Este ejemplo sería inmediatamente imitado por los trescientos mil hombres que servían en España, y el antiguo ejército de la República y del Imperio, recordando lo que había sido, é indignado de verse sacrificado á los proyectos de un hombre ambicioso, abandonaría la península, se retiraría á los Pirineos y desde allí proclamaría la emancipación de Francia y de Europa, siempre que los ingleses aceptasen lo que se les proponía, esto es, seguir sin oposición á los que con aquel movimiento espontáneo iban á restablecer la paz del mundo.

¡Locas exageraciones! Lo único cierto era que el ejército, que sabe juzgar tan bien como el pueblo de lo que tiene á la vista, sin faltar á la fidelidad debida á sus obligaciones, había sabido apreciar en su justo valor la política de Napoleón y la censuraba secretamente, aunque consagrado á ella con heroísmo; que más que en otra parte alguna pensaba así en España, y que unos cuantos días de indisciplina habrían bastado para que el mismo caos de opiniones que acababa de producirse en Oporto, se produjese también en los siete ú ocho cuerpos encargados de la conquista de la península. Pero de este estado de cosas al proyecto de que se ha-

(1) La correspondencia del duque de Wellington, impresa en Londres, confirma completamente las noticias manuscritas que se conservan en los archivos de Francia. (N. del A.)

blaba había la misma distancia que suele haber comunmente de la realidad á las invenciones de los conspiradores.

El general inglés hizo uso en esta ocasión de su principal cualidad, que era el buen seso, y apreció lo que podía haber de verdadero en los asertos del mencionado Argentón. Vió claramente que la política conquistadora de Napoleón había encontrado severos censores aun en el mismo ejército francés; que este ejército andaba dividido, que los vínculos de la disciplina estaban en él sumamente relajados, que los preceptos militares debían forzosamente observarse mal en sus filas, por mucho valor que en ellas hubiese; y así, sin creer que pudiese estallar una sedición que empezando por la destitución de Soult acabase por la del mismo Napoleón, confió en otra cosa más verosímil y por desgracia más practicable, que fué en sorprender á los franceses dentro de la misma ciudad de Oporto, haciéndoles sufrir una ignominiosa derrota.

Aunque no diese á las insinuaciones de Argentón más crédito que el que se merecían, no le rechazó; le invitó á que volviese á verle, le facilitó el medio de lograrlo; negóse á tratar con el ejército francés y sobre todo á comprometer á los habitantes de Oporto á que proclamasen al mariscal Soult rey de Portugal, que era lo que según Argentón debía precipitar la crisis. Declaró que sobre todos estos asuntos tan graves tenía que consultar con su gobierno. Pero viendo las muchas ventajas que el estado del ejército francés le ofrecía para una sorpresa, resolvió marchar sobre Oporto, cuidando antes de introducir en la ciudad gran número de espías, los cuales, como todos los traficantes de Oporto y Lisboa, debieron á la peligrosa complacencia de las autoridades francesas una libertad completa para entrar y salir.

Regresado que hubo Argentón al campo francés, donde no se hizo caso de su ausencia, atribuida á enredos de su desarreglada vida, repitió muchas veces sus criminales excursiones, vió nuevamente al general inglés, trató de reducirle á su proyecto de favorecer la proclamación del mariscal Soult para precipitar el pronunciamiento del ejército y de entrar luego en negociaciones con los motores de la sedición; y lo único que sacó de su insistencia fué iluminarle más acerca de la situación moral de las tropas francesas y confirmarle en su idea de sorprender á Oporto.

Al volver de su última excursión, atravesando la brigada del general Lefebvre, á la cual pertenecían las avanzadas francesas de la orilla izquierda del Duero, y viéndola expuesta á las acometidas del ejército inglés que había dejado en marcha, concibió Argentón el doble deseo de favorecer al general Lefebvre, á quien apreciaba por haber servido á sus órdenes, y de afiliarle en la supuesta conjuración, obra exclusivamente suya. Vió á Lefebvre y le dijo que la posición en que se hallaba le exponía á los más grandes peligros; quiso el general saber cuáles eran, y Argentón acabó por descubrirse todo: le manifestó que el ejército inglés se iba aproximando; para que lo creyera le confesó que acababa de estar en su mismo campamento, añadió con falsedad que había ido allí por comisión de la mayor parte de los generales, indignados de verse sacrificados á la ambición de la familia de Bonaparte, y le suplicó

que se reuniese á sus compañeros para contribuir á salvar al ejército y á la Francia (1).

Hondamente conmovido el general Lefebvre con semejantes confidencias, después de luchar con la repugnancia de descubrir á Argentón, declaró al mariscal lo que acababa de saber, rogándole que no perdiese á aquel hombre, que aunque criminal, merecía sin embargo su agradecimiento por el mero hecho de haber querido avisarle y salvarle. El mariscal Soult hizo arrestar á Argentón inmediatamente, y por él mismo supo todo lo que ocurría en el ejército. Ya había echado de ver el descontento que en sus filas reinaba; pero repugnándole atribuirlo á su verdadera causa, tuvo la debilidad de creer en una conspiración, aunque por otra parte procuró no propalarla, conociendo que la situación era crítica para todos, puesto que no había uno sólo que no tuviese algo que echarse en cara. La noticia del arresto cundió lo mismo que había cundido la del proyecto de nueva monarquía, y comenzaron al punto las recíprocas acusaciones, contra unos por haber conspirado contra el ejército, contra otros por haber meditado una usurpación, de cuyas resultas subió de punto la confusión y el desorden.

Hacia más de un mes que el mariscal Soult estaba en Oporto, dedicado á adquirir inteligencias entre sus habitantes, pero sin tomar partido alguno en cuanto á las operaciones militares: sin avanzar ni retroceder. Lo primero era punto menos que imposible, porque había que vencer dos resistencias, la de la población y la del ejército inglés, y aunque fuese en rigor hacedero con veinte mil franceses aguerridos y un general entendido, era sobre manera imprudente el intentarlo siquiera. Permanecer allí era igualmente impracticable, porque también para esto era forzoso batir al ejército inglés, conteniendo al mismo tiempo la población sublevada que nos acosaba por todas partes. Retirarse por los caminos que conducían á Castilla la Vieja, es decir, por Amarante, Chaves y Braganza, ó más bien por los que iban á Galicia, por Braga y Túy, regresando al punto de partida, era, aunque poco gloriosa, la única conducta que debía seguirse. El no hacerlo así era preferir una derrota á un disgusto.

Por desgracia no era de este parecer el mariscal Soult. Consagrado á pacificar el nuevo reino de Lusitania septentrional, había abolido varios impuestos, dado lámparas perpetuas á muchas imágenes de la Virgen, y recogido los votos de diversas ciudades, de las cuales había podido lograrse que se decidiesen á pedir el establecimiento de un trono francés en aquella tierra. Acudieron con gran pompa á suplicárselo, una tras otra, las diputaciones de Braga, Oporto, Barcelos, Viana, Villa de Conde, Feira y Ovar, observándose en esta ceremonia el aspecto y la forma del besamanos de los españoles. El ejército que lo veía redoblaba sus sarcasmos, prorrumpía en insultos capaces por sí solos de acabar con todo resto de autoridad militar y mostrábase cada vez más dispuesto á olvidar sus deberes. Sorprendió á Soult en vanas ocupaciones la noticia de que sir Arturo Wellesley había desembarcado el 22 de abril con un refuerzo de doce mil hombres, y de que cerca

(1) Hemos tomado estos pormenores de la declaración misma del general Lefebvre.

de treinta mil soldados ingleses, acompañados por todos los sublevados portugueses, se disponían á marchar sobre Oporto; y entonces reconoció que el único partido que podía tomar era abandonar la capital de aquel reino en ciernes. Pero una vez admitida esta triste necesidad, que convenía haber reconocido antes, era menester decidirse y obrar lo más pronto posible para no dejar detrás ni material, ni heridos y enfermos sobre todo, ni nada que fuese crueldad entregar á merced de un populacho feroz. Había que elegir la línea de retirada, bien por Amarante sobre Zamora, ó bien por Braga sobre Túy. El retirarse por Amarante tenía todas las apariencias de una maniobra que ponía á cubierto el amor propio del general en jefe, porque con eso se fingía amagar á la izquierda de los ingleses sin dejar enteramente á Portugal; al paso que el retirarse por Braga era meramente volverse como se había venido y por el mismo camino. Pero la retirada por Amarante era difícil y requería mucho tiempo, debía verificarse por una vía donde no teníamos punto de apoyo ninguno y en una larga columna que iban á hacer más larga todavía los heridos y enfermos, siendo preciso defender su cabeza y centro de los sublevados y su cola de los ingleses. Retirándose por Braga sobre Túy, el camino era corto, completamente de los franceses en todos sus puntos, y concentrándose á retaguardia con las tropas más selectas para hacer cara á los ingleses, quedaban satisfactoriamente cubiertas por nuestra masa principal todas las fuerzas que marchasen por delante. Era, pues, ésta la única retirada segura, fácil, admisible, aunque la menos á propósito para disfrazar lo que realmente pasaba, que era que teníamos que abandonar por fuerza el Portugal.

De todas maneras, cualquiera que fuese la línea preferida, era menester resolverse al punto y enviar hacia Amarante, si se adoptaba esta última dirección, una fuerza considerable para impedir que los ingleses pasasen el Duero por nuestra izquierda y cortasen el camino que se había elegido. Convenía especialmente poner en camino los enfermos, los heridos y el material de más bulto. Advertido el mariscal Soult desde el día 8 de mayo de los movimientos de sir Arturo Wellesley, se limitó á concentrar sobre Amarante las fuerzas diseminadas en los diversos puntos de Braga, Viana y Guimaraes, y á mandar al general Loisón que se abriese paso al otro lado del Tamega para asegurar la travesía de este riachuelo. Pero en Oporto no hizo preparativo ninguno de marcha, lo cual era en verdad muy de sentir, porque aun sin suponer un desastre, era evidente que la retirada sería tanto más dificultosa cuanto más tarde comenzase. Habíase propuesto al principio salir el 10 de mayo, después de haber estado establecido en Oporto cuarenta días; fijó después el 11, y por último quiso esperar hasta el 12 para disponer sus últimos preparativos. Pero la Providencia tenía dispuesto que el día 12 ocurriese uno de los más singulares acontecimientos de aquella funesta guerra.

Después que sir Arturo Wellesley envió, como dejamos dicho, una brigada inglesa y una división portuguesa á Abrantes para observar los movimientos de los franceses en el Tajo, resolvió avanzar personalmente al Duero y presentarse en Oporto, por lo bien informado que estaba de lo que allí ocurría y del increíble desor-